

Cartas de Julito

Berta y Jorge Goldenberg

No, nosotros no somos infierno (me refiero a lo de Calvino¹). Somos cielo, coño, somos hermosos y separados y todo y nos llevamos adelante en el corazón los unos a los otros, como antorchas. El último en morir que pase la luz. (carta de noviembre de 1988)

No hay ninguna posibilidad de saber si seremos los últimos en morir, pero como es atrozmente seguro que Julito ha muerto, intentaremos sostener esa luz mientras nos sea posible.

Nos empeñamos en creer que él consideraría pertinente —vale decir paradójal y hasta un tanto bizarro— el hecho de que un par de argentinos (judíos, dicho sea para mayor o menor precisión) escriban desde Buenos Aires para publicar en una revista de cultura cubana que se edita en Madrid, acerca de un poeta nacido en Cuba y vivido —tal vez diría él— en Cuba, Miami, España, Francia, Bélgica, Portugal, Italia y Venezuela. *Pertinente*, arriesgamos, porque para Julito la paradoja y la ironía —la auto-ironía, sobre todo— no eran sólo estrategias de supervivencia o de seducción (que también lo eran), sino condiciones imprescindibles para que alguna verdad pudiera resultar discernible.

«(...) Y enciendo otro pucho obligado a ser genial pues no esperas menos de mis cartas y es un compromiso escribir con el codo de Kafka en mis costillas y el viejito Canetti sobándose la nariz encima de la mesa y no, no todo puede ser dicho, ni siquiera pensado, quizás sentido pero no lo sabremos nunca.

¹ Julio alude al siguiente texto, tomado de *Las ciudades futuras*, de Italo Calvino: «El infierno no es un riesgo futuro. Estamos en el infierno. Hay dos maneras de encararlo. La primera, muy difundida, es aceptarlo, confundirse con él hasta dejar de verlo. La segunda, riesgosa, exige atención y aprendizaje continuo: consiste en buscar y saber reconocer a los hombres y las cosas que, en medio del infierno, no son el infierno; hacerlas durar y abrirles espacio».

El domingo pasado entró un colibrí a mi casita, a las seis de la mañana en que ya empiezan ellos a zumbar y libar y volar quietitos en el aire como helicópteros en miniatura y luego no sabía salir y se escoñetaba contra las ventanas y tuve que levantarme, excelente despertador, y correr tras él y recogerlo en un pañuelo todo(s) tembloroso(s) y abrir el balcón —no tengo balcón, no sé de dónde coño sale este balcón; abrir la puertaventana de la terraza, eso sí— y echarlo a volar —lo que no se atrevió a hacer durante el primer instante de su recuperada libertad» (septiembre 1982).

Nos conocimos en Caracas, hacia junio de 1976, a través de Carmen Victoria Fermín y Gregorio Bonmatí. Nosotros habíamos decidido no volver a la Argentina tras participar de un festival y una gira con el Teatro Payró de Buenos Aires. Las razones eran casi obvias: desde abril, la dictadura militar cubría nuestro país con su nauseabunda sombra y nuestros antecedentes nos convertían en blanco potencial. (Comentando nuestras respectivas circunstancias locales —decir nacionales sería impropio tratándose de Julio— nos escribiría años después, en noviembre de 1988: «...Caramba, yo que pensaba haber encontrado una frase genial, casi en versitos, para expresar esto (este país se va a la mierda/ y yo con él) leo ahora en la tuya que «este país se va a la mierda», ese otro país también, será que hay muchos países yéndose a la mierda y todos nosotros con ellos, una especie de frenética rumba ochentanovista, menenando las caderas/ eso/ agitando los brazos/ vaya/ este país/ este país/ dale/ se va a la mierda se va/ menéalo/ azúca?Cuál será ya el noidoalamierda país que tengamos cuando nada sea exilio?»).

Sería vano todo intento por explicar cómo fue que con Julio, Roseline Paelinck (por entonces su mujer), Gregorio y Carmen Victoria, llegamos a necesitarnos y a querernos tanto. A lo sumo nos atrevemos a conjeturar sobre alguna condición que teníamos en común: ninguno de nosotros era de Caracas: Gregorio había nacido en España, Roseline en Bélgica y la única venezolana —Carmen Victoria— era oriunda de Margarita y había pasado largo tiempo en España. También es cierto que todos cultivábamos con empeño un saludable estado de alerta ante toda tentación de confundir identidad con nacionalidad o persona con pasaporte.

Durante más de dos años no pasó semana sin —por lo menos— un encuentro, circunstancia en la que contábamos historias, fabulábamos proyectos, discutíamos opiniones, evocábamos amores, provocábamos —y padecíamos— celos, aventurábamos teorías, o, sencillamente, nos dejábamos mecer —y estremecer, tal vez acotaría Julio— por el ron y el whisky.

Hacia el segundo año, seguramente empujados por nuestras tan enfáticas cuan erráticas conversaciones, nos constituimos en una suerte de espontáneo taller de investigación sobre un texto teatral: *Trotzky en el exilio*, de Peter Weiss. Las condiciones fundacionales de la actividad eran tres: a) todos los integrantes del taller se comprometían a participar en tanto actores en los ejercicios de improvisación; b) en cada jornada de improvisación, el integrante del grupo que fungiría de director debía ser otro; c) la tarea debía considerarse radicalmente carente de toda finalidad práctica, vale decir que quedaba descartada toda expectativa de producción o puesta en escena pública (ninguna

sombra utilitaria debía contaminar nuestro puro goce por el ejercicio lúdico / intelectual).

Descrita desde hoy, aquella experiencia que sostuvimos durante largos meses luce cargada de una buena dosis de ingenuo voluntarismo y hasta de soberbia. Y tal vez no estuviéramos realmente libres de tales pecados. En todo caso, la presencia de Julito entre nosotros garantizó desde el inicio la necesaria dosis de humor como para convertir en ridícula toda pretensión por considerar excesivamente trascendentes nuestra tarea y nuestras personas.

En septiembre de 1978 decidimos iniciar nuestro largo viaje de regreso a la Argentina. Hoy no podríamos dar una explicación demasiado consistente acerca de los verdaderos motivos de aquella decisión, aunque es más que probable que en nuestros razonamientos de entonces se filtrara alguna compulsión de orden moral y algún relente fatalista. Lo cierto es que nos fuimos, y lo que no es menos cierto es que desde entonces aquel tiempo con aquellos amigos se nos convirtió, quizás, en el más perdido de todos nuestros perdidos paraísos.

«Hay, sí, infinitas posibilidades de liarse, porque todos somos intercambiables. Pero los dioses dispusieron que nuestra finitud tuviera límites espaciotemporales aceptables. Cada uno de nosotros es, al mismo tiempo, único y canjeable. Solemos encontrarnos bajo la especie de únicos. Con la conciencia de la intercambiabilidad» (1980).

Luego llegó el tiempo de las cartas, los llamados telefónicos, y los encuentros tan breves cuan intensos en Caracas, Madrid, y de un último encuentro con Julio en Buenos Aires.

Y ahora, que es el tiempo de sostener la luz, preferimos callar y dejar que las palabras de Julito, a través de fragmentos de sus cartas, nos ayuden en la tarea.

«(...) Nada, queridos, se les olvidará con ahínco, a no ser que se apliquen a perder en nuestra memoria —visitas, cartas, fotos, citas en algún lugar del mundo serían un buen remedio—. Olvido avisado no mata recordado» (octubre, 1978).

«(...) Por lo demás, si de vernos se trata, yo no puedo viajar, carente de pasaporte —mis paisanos tardan lo que les sale de los... para renovármelo» (1979).

«(...) y Julio, cuerpo y sangre gloriosos aunque destinados a la muerte y no a la resurrección» (1979).

«(...) La utopía siempre ha sido un mal consuelo» (febrero, 1980).

«(...) y valga igualmente como pretexto para enviar residuos de la poemitis recortados tan mezquinamente para parecerse —o siendo— páginas en miniatura ya que algunos textos requieren toda la página en su juguetona especialidad que de seguro o probablemente —por experiencia hablo— ustedes desaprobaban como ludismo y no nudismo del corazón o de la mente: el poeta entonces prefiriendo que la astucia o el siquiera ingenio sirvan como calzones del corazón o de la mente distribuye en la

página y constela palabras y juega, ciertamente, aunque otros poemas pequen quizás de obviedad o mecanicismo o dependencia brechtiana —con perdón— y el libro en conjunto se llamará —cuando libro haya— El Poeta Invisible y no, me niego, no, «El poeta en calzoncillos» (marzo, 1980).

«Somos, ciertamente, tan pobres, que magnificamos cualquier don. Somos, ciertamente, tan torpes y tan opacos, que necesitamos la evidencia del cuerpo, del cuerpo a cuerpo, los susurros en la penumbra, la saliva y todos los líquidos gloriosos, estoy —queridos— a punto de echarme a llorar. Sucede que me canso de ser hombre, decía mi hermano Vallejo, pero siempre me gusta vivir, ya lo decía —él también».² (1981).

«He decidido no afiliarme a la petropatria. Guardo mi pasaporte inútil.» (1981).

«(...) Bueno, al parecer yo fui demasiado rápido, al parecer fantaseé, me fui de bruces, me fui de espaldas, y, sobre todo, me fui de culo. Según ella, dejé de gustarle. En apenas 15 días. Mientras duró fue bueno, ya no hay nada. No acabo de entenderlo. No hay nada que entender, lo sé, pero cómo entenderlo?» (marzo, 1982)

«(...) Tampoco roo —extraño verbo— el hueso de la desesperación» (marzo, 1982).

«(...) Como quien vive, de golpe, lo que ha teorizado —la pobreza del «anau», escríbase como se escriba; del «pobre de Dios»; el recibirlo todo como un don; la desnudez— y desfonda, de golpe, otra parte de lo que ha teorizado y vivido —el amor simultáneo, la no posesión, la prescindibilidad, etc.— y se encuentra, apenas quince días después, en un desconocido y nunca sospechado desamparo. Mil noches de espanto por diez noches de amor: sea, lo asumo y estoy dispuesto a que ocurra de nuevo —esperando que no ocurra de nuevo, al menos no muy pronto» (marzo, 1982).

«Ésta es de nuevo una carta genial, no puedo evitarlo porque no puedo evitarme y algún día la Librería Fausto³ incluiría el volumen, prologado por ti, mojado por tus lágrimas —ojo: borrones— y epilogado por Don Jorge que insistirá en aquello del punto de vista y en que mis cartas, como el cine documental según Grierson, son «elaboraciones creativas de la realidad» y, desde luego, infinitamente mejores que ciertas revistas que todos sabemos y apenas más amenos que mis propios poemas. Edición en piel, por favor. Me releo. Qué gusto. Moriré tonto» (septiembre, 1982).

«No he terminado mi «Oda a la Gusanera», aunque va bastante avanzada la serie de «Cassidas en los jardines de la Embajada del Perú»: «Dulces coloquios / entre los árboles / oliendo a mierda / en derredor / siguen llegando / por todas partes / las ovejitas / del Buen Pastor»; esto, natürlich, es sólo el comienzo. Casi de inmediato entran milicianos con gaitas y tamboriles y se entregan todos a endemoniada danza

² En verdad, la cita es de Neruda, como el mismo Julio lo aclara al pie de la carta citada.

³ Conocida librería de Buenos Aires.

que, oída por los cubanos de Miami, es respondida con guitarras eléctricas. Miles de personajes con máscaras de la Historia Universal lanzan sus orinales al aire, acribillados por las cuatrobocas en una especie algo así como un contrapunteo de metales» (1982).

«(...) barrer los restos de la noche, secar el alcohol derramado, guardar la navaja encima de la cual me había dormido o desclavarla de la pared del armario. Porque uno no se pierde del todo, uno coquetea con la muerte pero la navaja la clava en la madera, no en el cuerpo, y uno hasta elige lo que va a romper en un «raptó de furia» de alguna manera controlado: el jarrón de gres no, el búho de barro no, el pajarito cubierto de espejitos no, venga pues el cenicero —aunque anoche debo haber maltratado mis lentes, o deben haber salido corriendo, pues a la mañana tenían una pata descojonada y ahí cuelga un poquito, como un recuerdo» (1982).

«Todavía no he dedicado unos días a revisar el año vivido y tomar algunas buenas resoluciones para el próximo, desde la más banal como fumar menos hasta otra más solemne tipo este año me enamoro y hago que se enamoren de mí. Por ejemplo» (fines de 1982).

«(...) Comprender no es consolarse» (1983).

«M'estoy venezolando de a poco. Me falta el examen de «materias patrias». A ver si así nos vemos, ay.» (sin fecha).

«¿Cómo coño voy a olvidarlos si sería olvidarme y mi ego no lo resistiría?» (1983).

«(...) También, que a veces me siento francamente hastiado, aunque nunca aburrido. Que sospecho y estoy casi seguro de que «la vida» no es esto, no es estar aquí encerrado con mi grafomanía, pero «la vida» como anhelo es una forma, no un contenido, y detallar los posibles contenidos nos mostraría quizás que cada uno de ellos es a su vez insuficiente. Ponerlos todos juntos entonces? Quizás entre «poesía» y «vida», si cabe la disyuntiva, yo he ido eligiendo la «poesía» por ser más manejable, más delimitada, y porque la experiencia prueba que soy mejor «poeta» que «viviente» o «vividor»? (sin fecha).

«Como suele ocurrir(me), todo ha quedado en Libro (...)» (enero, 1984).

«(...) A grandes rasgos: mayo y junio fue dedicado a Kafka. Aproveché que Franz cumplía 100 años y agarré sus obras completas, más las cartas a Felice, más algunos libros sobre él, y no hice más que leer y releer. Era enorme lo que no conocía —los cuadernos en octavo, las cartas a F.— y tremendo releer. Se me ocurrió entonces celebrar la vaina y le montamos una semana de homenaje, iniciada naturalmente el 27 de junio, en que Julito cumplía 38 años festejando los 100 de K. y pegando en las paredes del Instituto de Cultura cien «conferencias imposibles» —es decir, 100 cuartillas con citas de Kafka a máquina, rodeadas de comentarios míos a mano—

mientras le encendíamos 100 velitas que, hecho el periplo, apagué de un soplo. Nadie sabía que era mi cumpleaños y que me lo estaba celebrando así» (enero, 1984).

«(...) yo sigo sin pasaporte, no es por trabajitos interesantes que no voy» (sin fecha).

«*Qué pecado, qué ofensa, qué gazapo, qué torpeza, qué inmundicia habrá cometido ahora este pobre humillado goy en su guarida, su antro, su cueva, su habitación tapizada de retratos de Paco Umbral con flores y velitas encendidas? Les escribí en febrero —no llegó la carta? no gustó la carta? ofendió la carta? molestó la carta? Escupan la carta! Maltraten la carta! Estrujen la carta! Incendien la carta! Pero escribanle al goy!!!!*» (1986).

«*Y bueno, leo, leo, leo. Mi mayor placer es quedarme tumbado en un sofá leyendo en casa (he engordado) y algún ratico escribiendo. En fin, uno envejece —cumpló 41 años el 27 de junio—; conservo, de todos modos, cierta otoñal belleza y, claro, mi discreta coquetería; aunque, como decía Baroja de un personaje, no soy más que un águila vegetariana*» (junio, 1987).

«(...) *Quisiera escribir poemas que metieran miedo. Uy! O que hicieran morir de amor por el autor —pero ya lo sabes, nunca ocurre así, Julito. Nunca ocurre nada, quizás*» (sin fecha).

«(...) *cuando te toques tu calavera, acordáte del poeta*» (sin fecha).